

hija se casó con Musulén por el año 1909. Y Venancio tiene buena memoria. Y el mismo arte cocinero que Pecker. Sin embargo don José cree que la primera fue la de Pepe el de las Aguas, al casar a su hijo Agustín, el secretario perpetuo del Casino, al que le dió Pecker de su misma gelatina y le dura la correa. Por 8 pesetas, tres platos de carne, huevos ahilados, jamón, vinos, pan, postres, dulces, puros, café y baile. Bien es verdad que la pensión completa en la Fonda costaba 5 pesetas; tres platos a medio día y tres por la noche, a elegir en una lista, habitación y desayuno. Cubierto suelto para transeúntes 2'50. El matrimonio Pecker -vallisoletana ella, bayonés él- trabajó abnegadamente y hacía de trabajar a todo el mundo. Cuando lo del Barranco del Lobo y todo aquello daban de comer a todas las tropas que iban o volvían de Africa y mantuvieron el Paseo durante tanto tiempo como un hormiguero. Es espeluznante recordarlo pero Pecker era un salsero genial y estaba siempre al pie del cañón sin quedarse nada por hacer, como le pasaba a Cristóbal, a Achúcarro y a Toribio Navarro, aquel señor de los foudres, que eran ejemplo de laboriosidad en el ambiente jaranero del Paseo.

De lo que fuera la cocina de la fonda hay un indicio real en la de Pesetilla, que es su continuación. Y además una lección viva, por aquello de has lo que fuere mejor que nadie, que la gente hará una senda para ir a quitártelo de las manos. En un lugar apar-

tado, de malos caminos y sin ningún aparato, Venancio tiene su casa siempre llena y rodeada de coches en busca de sus asados, de sus rellenos y de aquellas salsas que aprendió de don José, porque la vida, como decía Juan Ramón Jiménez, es una corriente sucesiva no perdida en la bruma ineludible de la muerte, porque sigue, inevitable, como una antorcha, de mano en mano. Y desgraciado del que se quede con la antorcha y del que no la reciba.

¡Qué sustancioso todo aquello! ¡Y qué tragaderas!

Había un señor respetable en Alcázar, muy recto, que le tiraba el morapio y se lo hacía servir en tetera, sentado en la puerta de la Fonda.

Un día cayó una mosca en la taza y para no andar revolviendo y tirando al suelo, se la quedó mirando y le dijo:

—Dobla las patas, que vas de viaje.

Y no dejó ni rastro de un solo trago.

Con esa sans-façon se vivía en el Paseo.



La medida del tío Sergio

En la mayoría de los pueblos rigen términos comparativos, medidas o normas troqueladas por la vida misma de los vecinos en su ínfima necesidad. En el pueblo de mi amiga Frater rige la medida del tío Sergio, que quería poner una ventana y al preguntarle los albañiles que cómo de grande respondió que la mediría con los brazos. Puso los brazos en la pared y llevando las manos separadas se fue a la carpintería diciendo:

—Quiero una ventana así de grande.

Abundio le preguntó cómo era el hueco que habían dejado los albañiles y él respondió:

—Así, aproximando y separando las manos. Y agregando:

—Si es chico que lo agranden y si es grande que lo loden.

Desde entonces quedó unido el nombre de Sergio a las medidas mal tomadas